

# La complejidad de la ciudad no es un angel, son los hombres y las mujeres

**Fernando Viviescas Monsalve**  
Profesor de la Maestría en Urbanismo,  
Vicerrector de Sede, Universidad Nacional  
de Colombia, sede Bogotá.

**Palabras clave**  
Ciudad, urbanismo, metrópolis,  
ciudadanía, planeación, cultura urbana,  
política, complejidad.

**Keywords**  
City, urban challenge, planning,  
metropolis, sustainable city,  
globalization, urban culture

## **La complejidad de la ciudad no es un ángel, son los hombres y las mujeres**

**The city's complexity is by the men and women, not by the angel.**

Las ciudades contemporáneas, además de ser las más grandes realizaciones físicas que ha alcanzado a materializar la humanidad, constituyen la más genuina expresión de lo que los hombres y mujeres de todas las historias construidas hasta ahora, hemos sido capaces de fantasear y de exponer. Son pues, en esencia, condensación pura de lo humano y por ello, al mismo tiempo, evidencian las enormes limitaciones de los referentes espirituales y materiales hasta ahora dominantes para darnos un rumbo con sentido positivo hacia el futuro. En consecuencia plantean, de manera inexorable, la necesidad vital de asumirlas como soporte y determinantes de una forma de existencia que está por ser construida de manera consciente. Este artículo, exponiendo la complejidad de esta situación histórica, pretende dar argumentos que mostrarían la importancia que en esa perspectiva juega la planeación participativa.

“Hay un cuadro de Paul Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que lo tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremisiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

Walter Benjamin

“La filosofía nace en la *polis* y no puede nacer más que en la *polis*. *Polis* debe ser tomado aquí en un sentido esencial: una colectividad humana que tiende a autogobernarse y autoinstituirse”.

Cornelius Castoriadis

“[E]l poder de integración social que la solidaridad genera ha de poder afirmarse, a través de instituciones y espacios públicos democráticamente diversificados, contra los otros dos poderes, a saber, contra el dinero y contra el poder administrativo”<sup>1</sup>.

Jürgen Habermas

## 1. Introducción: superar la interpretación ingenua de la ciudad

Después de cuatro millones de años de nomadismo, la determinación humana por la ciudad es ya generalizada: trasciende culturas, geografías e historias.

Ahora bien, esa asunción de la significación de la ciudad –aparecida después de siglos y siglos de construcción agregada, instintiva, circunstancial y espontánea, esto es, inconsciente,

---

<sup>1</sup> Véase Habermas, Jürgen. “¿Qué significa hoy el socialismo? Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda”, en Blackburn, Robin (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona, España: Crítica, 1993, original de 1991 en inglés, p. 72.

inspirada mayormente en sus necesidades funcionales (materiales y/o espirituales<sup>2</sup>), y luego de algo más de cien años de los intentos limitados y dudosos de la planeación moderna por ordenarla “racional y estratégicamente”<sup>3</sup> hasta ahora ha estado signada básicamente por la percepción, la intuición, el asombro, la desconfianza y la sospecha. Incluso, ante la presencia inexorable de las grandes metrópolis y el cuestionamiento contundente que hacen a los sistemas culturales y políticos establecidos, seguimos discutiendo sobre la conveniencia o no de su existencia, y por esa vía les negamos su significación como los referentes humanos del futuro.

Apenas en el inicio del tercer milenio hemos venido acercándonos conscientemente a la ciudad<sup>4</sup> e identificándola como objeto de estudio determinante de nuestro devenir humano. De la misma manera, como apenas hacia finales del siglo pasado comenzamos a darnos cuenta – obligados a ello por una de las más grandes revoluciones culturales que hemos experimentado– de la existencia y de la significación y trascendencia del pensamiento y la sensibilidad femeninos para construir nuestro entorno existencial; y en la misma forma como –también impelidos por casi una hecatombe planetaria– apenas en las últimas décadas empezamos a percatarnos de que el mundo se nos acababa, en gran medida por la manera irracional como nos hemos relacionado con el mismo durante los casi cuatro millones de años que llevamos sobre la Tierra.

En efecto, en ese mismo despertar, sólo hacia el punto de quiebre secular vinimos a ver que el fenómeno exacerbado por el proceso de urbanización en América y Europa, en los pasados cien años, no era un hecho caprichoso, sino el resultado inevitable de las tendencias al crecimiento y a la concentración de la población humana. Tendencias que de manera imparable han venido copando todas las naciones y, en consecuencia, afectando todas las expresiones culturales y sociales de los demás continentes.

Sólo durante las tres décadas anteriores hemos iniciado de manera relativamente consciente el proceso de asimilar que, como especie, hemos estado cambiando de nicho existencial.

Por lo anterior, desde esas incertidumbres y esos temores, en las indagaciones y en la práctica, nos hemos topado con el hecho de que estamos configurando una nueva forma de existencia individual y colectiva para la cual no estamos preparados. Aún estamos lejos de entenderla, pues seguimos mirándola con los ojos del pasado:

---

<sup>2</sup> Desde la perspectiva occidental, una de las versiones más bellas de esta asunción inconsciente de la significación de la ciudad se encuentra en el libro *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino.

<sup>3</sup> “[A]t the end of nearly a century of modern planning, the problem of cities remained much as they had been at the start. No precisely so, of course, ...”, Hall, Peter, *Cities of tomorrow*, Blackwell Publishers (UK y USA), 1998, updated edition, primera edición 1988, p. 421.

<sup>4</sup> “Después de haber edificado casas, calles, monumentos, culturas, ciencias, tecnologías, arquitecturas y todo cuanto desde siempre constituye un orgullo constructor de mundos materiales y espirituales, la humanidad se reencuentra ahora con ese ente extrañísimo que los resume y expresa a todos a través de las luces ambiguas de las metrópolis”. Véase Zarone, Giuseppe, *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*, Valencia, España: Pre-Textos y Universidad de Murcia, 1993, p. 8.

Actualmente más del 40% de la población mundial vive en ciudades, y este nuevo proceso de urbanización está destruyendo, junto a las formas de vida urbana surgidas en la antigua Europa, la ciudad misma. Una ciudad como Nueva York, incluido el núcleo metropolitano de Manhattan, todavía puede recordarnos lejanamente al París o al Londres del siglo XIX. Pero desbordadas megalópolis como Ciudad México, Tokio, Calcuta, São Paulo, Seúl o Shangai han dinamitado las dimensiones habituales de la “ciudad”. Los imprecisos perfiles que caracterizan desde hace dos o tres décadas las cada vez más habituales megalópolis nos ofrecen una visión para la que todavía no poseemos conceptos<sup>5</sup>.

Las grandes metrópolis se multiplican por la faz de la Tierra sin ser “conceptualizadas”, en gran medida porque las sociedades contemporáneas, ante el fenómeno nuevo –inédito para la especie– de la concentración poblacional en el ámbito planetario, siguen aferradas a formas de pensar, de decidir y de gobernarse que fueron inventadas –todas ellas: las modernas y las premodernas que aún subsisten decidiendo la vida de miles de millones de seres humanos– mientras la humanidad deambulaba dispersamente por la superficie del globo.

Tales formas de ejercicio del poder económico y político han sido mantenidas casi intactas durante el siglo en el cual Occidente se urbanizó, a pesar de que es evidente que no sirven para guiar el mundo cuando –por la aglomeración de conciencia humana, que es en esencia la *ciudad*– se potencia la capacidad cognitiva y se amplía y se hace más compleja la tendencia al examen y a la crítica y, en consecuencia, se dinamiza la perspectiva imaginaria por alcanzar otros mundos de referencia y de albergue para la existencia de los hombres y las mujeres.

Por la ineficiencia y la incapacidad de estas formas heredadas de auscultar, concebir y administrar el mundo: el poder y las relaciones de los hombres y las mujeres entre ellos y con la naturaleza y con los imaginarios, se hace imperativo revolucionarlas en el ámbito planetario, para iniciar la aventura compleja de asumir de manera consciente, es decir, problematizándola, la aglomeración de imaginarios diversos, de maneras distintas de desear, de formas diferentes de construir los pensamientos (que es lo que, más allá de los cuerpos, se aglomera cuando se juntan los hombres y las mujeres), lo cual constituye la pregunta esencial del mundo actual y para el futuro.

Esto es lo que pone a la orden del día la revolución de las formas tradicionales de acercarse a la *ciudad*: la auscultación profunda de sus elementos constitutivos, de sus procesos, de sus contradicciones, de sus lógicas.

---

<sup>5</sup> Habermas, Jürgen. *La constelación posnacional*. (“¿Aprender de las catástrofes? Un diagnóstico retrospectivo del corto siglo XX”.) Barcelona: Paidós, 2000, p., 62 (el resaltado es mío). Existe otra versión de este artículo, véase Habermas, Jürgen, “Nuestro breve siglo”, en revista *Letra Internacional*, No. 58, Madrid, España, septiembre-octubre, 1998, p. 5.

En este marco, este artículo argumenta en la perspectiva de demostrar la necesidad de asumir la *ciudad* contemporánea como un objeto de estudio, consciente y sistemático, por parte de la ciudadanía como la manera fundamental de comprender, y de dinamizar, la potencia creadora que tienen las urbes actuales y futuras para la existencia individual y colectiva.

## **2. La eclosión cultural de la ciudad: la conciencia del ser**

Hablamos, pues, de la *ciudad* en términos complejos contemporáneos: de un lado, reconociéndola como el resultado histórico más contundente del despliegue de la creatividad humana tanto en términos materiales como en las dimensiones metafísicas y, al mismo tiempo, del otro, señalándola como el soporte fundamental y determinante de la pregunta ontológica por excelencia hacia el futuro. La crítica al primer reconocimiento nos lleva inmediatamente al planteamiento de la indagación por el devenir de los hombres y mujeres.

No se trata, por tanto, sólo de referirnos a esas enormes constataciones edificadas que constituyen el continente espacial en el cual desarrollan su existencia, en este momento, algo más de tres mil millones de seres humanos y que, diseminadas ahora por toda la faz de la Tierra, apenas constituyen el último eslabón de la ingente tarea de los humanos por configurarnos un albergue que nos reciba, en ese continuo proceso de juntarnos, a medida que hemos venido creciendo en número desde que, como *Homo sapiens*, resultamos despidiéndonos de nuestros ancestros simios hace cuatro millones de años.

Aunque construir, sostener y ampliar esas gigantescas moles que contienen a Bogotá, Bagdad, Nueva York, Tokio, Río de Janeiro, México, D. F., Hong Kong, Pekín (Beijing), Estambul, Medellín o Berlín no es un tarea propiamente insignificante, la verdad es que condensadas en su sustrato material sólo constituyen la expresión contemporánea de la misma actitud asumida por nuestros antepasados, tanto en las orillas del Éufrates y del Tigris, hace algo más de siete mil años, como en los procesos medievales europeos de construcción de murallas por parte de unas tribus para defenderse de las otras hordas que (con sus propias culturas) se habían venido constituyendo en otras latitudes.

Actitud que se reedita en la contemporaneidad cada vez que por algún movimiento poblacional se requiere inaugurar un asentamiento en África, en Asia o en América Latina, en el campo o en el mismo centro de aquellas urbes, en el cual los hombres y las mujeres buscan asentar su trasegar en (y desde) el interior del desplazamiento mundial –motivado éste, unas veces, por el rompimiento con el agobio de la repetición local heredada y, otras, las más de ellas, forzado por las guerras, por las inequidades de la economía o por las debacles naturales.

Ciertamente, São Paulo, Buenos Aires, Cali, Yakarta, El Cairo y Singapur, Dallas y Toronto, Caracas y Guadalajara, entre muchas, son muestra fehaciente de la enorme capacidad constructiva que ha desarrollado la especie humana en su trayectoria en esta parte del cosmos y – junto con la ciencia, el arte y la cultura– como reacción más o menos inconsciente a la evidencia de que se encuentra sola en el universo y de que tiene que construirse su propio nicho existencial, su entorno, su hábitat. Son grandísimas: algunas de ellas descomunales, pero como hechos ciertos, como materialidad edificada, apenas se diferencian en tamaño de las villas y aldeas, de los pueblos y comarcas que las precedieron como conjunto edificado y que en la gran mayoría de ellas constituyen su origen. Origen algunas veces definitivamente olvidado, o escondido, en las profundidades de muchas capas de construcción que millones de hombres y mujeres durante cientos de años les han puesto encima.

No es pues la cantidad de hectáreas con las cuales cada una de ellas haya cubierto el territorio que ha edificado, ni el volumen de metros cúbicos de naturaleza transformada puestos sobre esas bases, lo que constituye la trascendencia que impone hoy la urbe contemporánea y que, como momento sociohistórico, se materializa en cada una de las ciudades del mundo actual.

Lo que la *ciudad* contemporánea presenta como verdaderamente singular, con respecto a todos sus antecedentes formales –incluidos los más recientes contados desde la segunda mitad del siglo XIX– y frente al concierto de hechos y circunstancias, procesos y personajes que presenta la humanidad en esta crucial coyuntura que coincide con el advenimiento del nuevo milenio, es que en su propio proceso de constitución está involucrada ya, de manera indisoluble y determinante, la perentoriedad de su pretensión de hacerse consciente –esto es: de conocer– tanto de su razón de ser como de las significaciones que introduce y de las determinaciones que impone al ser de los hombres y las mujeres contemporáneos.

No hablamos, pues, en el plano abstracto. Después de cuatro millones de años la *ciudad* de principio del tercer milenio se constituye –por las dinámicas sociales, políticas y cognitivas que revoluciona a su interior y las que pone en movimiento en el entorno global– en el inicio de la construcción consciente del continente –físico y cultural– definitivo de la humanidad como especie: en la *ciudad* contemporánea la humanidad accede a la conciencia de su responsabilidad esencial en la construcción autónoma de su nicho existencial.

En consecuencia, se instituye también como el referente obligado para la redefinición, igualmente consciente, ineludible, planetaria y (en consecuencia) local, de las relaciones establecidas (y por establecer) entre los humanos y de las que ellos establecen y establezcan con el resto del mundo –especialmente con la naturaleza: con su entorno más inmediato– y con los

imaginarios y las dimensiones en los cuales ellos pueden ser el arte, la ciencia, la cultura; también con el poder, el amor, el conocimiento, los afectos, etcétera.

La urbe de los siglos XX y XXI crea las condiciones sociales, políticas y culturales, e incluso las materiales, para que la humanidad pueda y, desde cierto punto de vista, tenga perentoriamente que empezar a superar su actuar inconsciente, limitado e inediatista y se aboque, ahora desde el plano del conocimiento, del análisis, del examen, de la controversia y del intercambio, de manera consciente y decidida, a tomar su propio destino en sus manos.

Ésta es, en esencia, la base de la significación inédita que alcanza la *ciudad* contemporánea.

### **3. Aglomeración de pensamiento: reformulación de preguntas fundamentales**

Para empezar, las urbes actuales, en su funcionamiento generalizado y permanente en el ámbito planetario, como receptoras de la aglomeración de millones de seres humanos que llegan a ellas diariamente, obligan al encuentro problemático –una vez iniciado, ineludiblemente concentrado en el espacio y extendido en el tiempo– de la más abigarrada cantidad de formas de imaginar, de sentir, de construir el habla y de establecer las relaciones con el mundo metafísico.

Intercambio complejo desde el inicio y –una vez instaurado– para siempre, por cuanto todas esas culturas, y cada una en particular (incluida la del conglomerado que crece y se transforma con la llegada de la gente) han sido constituidas desde la repetición heredada en su propio ámbito local y referenciadas casi que exclusivamente a su única historia; desde donde las saca la *ciudad* para ponerlas en cuestión, es decir, en relación inevitable con las otras.

Con esta movilización mundial ya no se trata de la reedición de una circunstancia más o menos aislada en la cual un determinado centro poblacional, en un momento particular de su historia, se veía abocado a recibir unos inmigrantes provenientes de un lugar específico. Estamos hablando de la materialización de una tendencia que cubre el globo terráqueo, la cual viene desarrollándose durante todo el siglo XX y que, tal como se ven las estructuras y los procesos demográficos y económicos, se prolongará durante las próximas cinco décadas. Es decir, por primera vez en la historia de la humanidad, de manera obligada, nos encontramos al tiempo todos los hombres y mujeres, cara a cara, reconociéndonos, justamente, en nuestras diferencias.

Las calles de las ciudades de nuestro tiempo han servido para que esa discusión fundamental entre etnias, tribus, ancestros y tradiciones deje de tener un carácter abstracto, y una “solución” de Estado casi siempre violenta, y salga a evidenciarse y a expresarse cotidianamente en las esquinas y parques del diario caminar de las urbes de los cinco continentes.

Esta conversión del espacio público en escenario de la aventura generalizada de encontrarse y hablar con el extranjero, con el *otro*, ha impulsado al conjunto de los hombres y las mujeres del

mundo –sacándolo de los ámbitos cerrados de la política oficial, de la academia y de la cultura institucional, donde desde siempre lo han tenido secuestrado– a contemplar por primera vez de manera eficaz –contundente: pues está ahí, junto a nosotros, esperando que cambie el semáforo para ganar la calle de enfrente– el espectáculo maravilloso de la comunicación universal aunque hable (o precisamente porque habla) en otros idiomas, aunque use otros lenguajes.

La cotidianidad de las urbes de este tercer milenio occidental (del quinto de los chinos) ha servido para que, sin distingos, todos los humanos nos percatemos de que el otro siempre piensa distinto pero que, fundamentalmente, como nosotros: piensa; y de que para crear el mundo en el cual podamos vivir juntos sin eliminarnos tendremos que acercarnos a esas formas de pensar y ofrecer las nuestras para que, igualmente, sean examinadas por ellos.

Ahí empieza la *ciudad* de la que estamos hablando en estas páginas. Por ser el crisol en el cual se encuentran todos los pensamientos –pues ahí están todos los hombres, esto es, los seres que piensan– y porque, como consecuencia, en la interacción de todas esas formas de pensar, convocadas por la pregunta insoslayable sobre cómo vamos a vivir juntos, surge la posibilidad de asumir conscientemente, con conocimiento de causa, la formulación de la manera cómo vamos a enfrentarnos a la existencia individual y colectiva sin matarnos.

Porque al crearse ese espacio de intercambio de imaginarios e inaugurarse con ello la dinámica de la crítica de los mismos, esto es, el examen, el análisis, la reflexión, la discusión, la confrontación de lógicas, sin (o, más exactamente, contra) la interferencia del poder oficial hasta ahora eternamente heredado, los hombres y las mujeres pueden encontrar los caminos de su autonomía, de la autoinstitución de nuevos estatutos de relación, de la formulación de nuevas respuestas a las preguntas fundamentales, es decir, su emancipación.

Es necesario insistir en que no hablamos en el plano de la abstracción ni en el contexto del mero deseo. Se trata de hechos constatables y de procesos ya desatados y al parecer irreversibles aunque su presencia sea, todavía, muy incipiente.

El reconocimiento de la incidencia y de la eficacia del imaginario femenino, de la revolución de las relaciones entre los géneros, así como la generalización, en el plano mundial, de la conciencia sobre la problemática ambiental que empieza a redefinir las relaciones de los humanos con la naturaleza, son la prueba fehaciente de que la humanidad ha empezado a reformularse las preguntas esenciales, fundamentales e inaugurantes de su razón de ser.

Como se ve, no se trata de inquietudes más o menos particulares o relativamente serias. El replanteamiento de las relaciones entre los géneros y de las de los humanos con la naturaleza son redireccionamientos cruciales para definir lo que debe ser la refundación de la existencia.

En un nicho que no sólo supere las limitaciones, falencias e incapacidades de un mundo tomado y vivido de manera inconsciente: sin responsabilidad, sino que le permita a toda la humanidad, ahora viviendo junta, autoinstituirse desde su propio razonamiento; crecientemente consciente de cuáles son sus potencialidades y, también, por supuesto, sus infinitas limitaciones, en una actitud responsable no sólo, en cada caso, con los otros de su especie, sino con respecto a las demás especies, para garantizar, hasta donde sea posible y en lo que nos toca (nosotros somos ante todo mortales y, lo mismo, el mundo siempre es finito), la vida en el cosmos.

#### 4. La ciudad: para superar al “ángel de la historia”

De esta manera, con la *ciudad* constituida como inevitable demandante y obligada dinamizadora del pensamiento de sus constituyentes, es decir, de los hombres y las mujeres que se disponen a refundar el mundo con base en ella, esto es, sobre el soporte de la creciente democratización (no es sólo la universalización) del ejercicio del conocimiento y de la crítica y del intercambio de los imaginarios, el Ángel de la historia, de Walter Benjamin, podrá dejar a un lado su pasmoso asombro frente a la “catástrofe única” de la historia inconsciente que el hombre ha construido hasta ahora: “que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies” sin que él pueda hacer lo más mínimo para... “despertar a los muertos y recomponer lo despedazado”<sup>6</sup>.

Ciertamente, ni el *Angelus*, de Klee, ni nadie pueden hacer nada por los hombres. Y no sólo porque él vaya siempre de espaldas al futuro, empujado por el huracán que sopla desde el paraíso, sino, fundamentalmente, porque como lo plantea un pensamiento contemporáneo los hombres somos “ontológicamente libres” y “[l]o que sabemos depende de nuestra actividad, y nuestra suerte, de lo que hagamos aquí y ahora”<sup>7</sup>.

Pero ello no quiere decir que estemos condenados a vivir entre las ruinas. A este respecto, es necesario decir que los hombres y las mujeres, reinstituidos en las ciudades contemporáneas, muestran que hay por lo menos dos cosas que se le escapan al gran pensador del *Proyecto de los pasajes*<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> Véase Benjamin, Walter. *Discursos interrumpidos I*. Madrid, España: Taurus, 1972, p. 183. En la novena tesis de filosofía de la historia, el filósofo alemán interpreta una acuarela de Paul Klee como una alegoría de la visión retrospectiva de la historia. Para tener una aproximación interesante a este problema, véase Werckmeister, O. K., “Walter Benjamin, Paul Klee, and the Angel of History”, en *Oppositions*, No. 25, a journal for ideas and criticism in architecture, New York, Estados Unidos, Fall 1982, pp. 102-123.

<sup>7</sup> Véase Castoriadis, Cornelius. “Orígenes, sentido y alcance del proyecto filosófico”, en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica Cultural*, No. 54, diciembre 2002, Madrid, España, p. 99.

<sup>8</sup> Como se sabe, éste es el título de la máxima obra que Benjamin dejó planteada, antes de su suicidio en la frontera entre España y Francia, en 1940. Véanse Buck-Morss, Susan, *Dialéctica de la mirada*, y Walter Benjamin, *Proyecto de los pasajes*, Madrid, España: La balsa de la Medusa, 1995 (original de 1989 en inglés). Benjamin, Walter, *The arcades project*, The Belknap Press of Harvard University Press, Estados Unidos, 2002.

La primera, lo que Benjamin interpreta como *montones de ruinas que crecen ante el ángel hasta el cielo* son, en realidad, mucho más que eso: son las sociedades que hemos construido desde la inconsciencia de la dependencia de los estatutos heterónomos heredados. En tanto son producto genuino y exclusivamente humano son –también ellas como sus creadores– inconscientes: caóticas, contradictorias, imperfectas y, en muchos de sus desarrollos, catastróficas, pero son, al mismo tiempo y por las mismas razones, la fuente fundamental de la sublimación creativa, el ámbito de despliegue de nuestra imaginación y, por ello, la base de la perspectiva emancipadora de la dominación heredada. Entre los siglos XX y XXI han encontrado un principio ordenador universal en la globalización del proceso de urbanización, que en occidente se inició en el siglo XX, y en las grandes urbes que pueblan el mundo.

La segunda cuestión que olvida el filósofo, en su triste huida de las garras del nazismo para encontrarse con la muerte en una frontera desconocida, tiene que ver con la circunstancia de que, a diferencia del ángel (quien tiene su cuerpo vuelto hacia el pasado y, por tanto, va de espaldas hacia el futuro), el hombre sí puede enfrentar el porvenir y lo puede pre-ver: esto es, lo puede inventar, analizar, criticar y, eventualmente, con base en lo que piense y haga en el presente, donde también se puede mover (y de hecho se mueve) en todas las direcciones. El ángel es impotente pero los hombres y las mujeres tenemos la posibilidad de reformular el mundo.

En la visión del ángel falta también el dato, que no podía tener Benjamin, de que el mundo no se acababa en el delirio de Hitler. El ángel, en el desespero de la guerra, parece ignorar que los hombres y las mujeres estamos vivos o, dicho de otra manera, que a cada momento, y en el devenir de nuestra historia, estamos ante la eventualidad de descubrir y reconocer nuestra capacidad de imaginar, de interpretar y, por tanto, de criticar y de formarnos juicios; y de ser sensibles, de distinguir, de proponer. En una palabra: de pensar autónomamente.

No obstante, no puede decirse que lo “visto” por el ángel no sea cierto. Es evidente que en la obra de los hombres existe el caos y, especialmente, en la persecución ciega del progreso que hemos emprendido y seguido hasta ahora, en particular en el último siglo, hemos acumulado inmensas montañas de destrucción y de muerte<sup>9</sup>; pero es incompleta.

---

<sup>9</sup> “Una época que ha ‘inventado’ la cámara de gas y la guerra total, el genocidio estatalmente planificado y los campos de exterminio, el lavado de cerebro, el sistema de seguridad estatal y una vigilancia panóptica de poblaciones enteras. Este siglo nos ha traído más soldados caídos, más ciudadanos asesinados, civiles muertos y minorías desplazadas, más torturados, más maltratados, más muertos de hambre y frío, más prisioneros políticos y refugiados, en suma, ha ‘producido’ más víctimas de las que hasta ahora siquiera podríamos haber imaginado. Los fenómenos de la violencia y la barbarie son los signos distintivos de nuestra época”. Véase Habermas, Jürgen, “¿Aprender de las catástrofes? Un diagnóstico retrospectivo del corto siglo XX”, en *La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, España: Ediciones Paidós, 2000, p. 66. Otra versión de este artículo puede encontrarse con el título “Nuestro breve siglo”, en la revista *Letra Internacional*, No. 58, Madrid, septiembre-octubre 1998, pp. 4-12.

En esa visión falta percatarse de que sobre todo caos existe necesariamente un principio de cosmos, de orden, y que en las articulaciones y polarizaciones de estos dos “contrarios” nos movemos, esto es, vivimos, los hombres y las mujeres.

##### **5. Lo limitado de la crítica simplista frente a la potencia ciudadana**

Y la ausencia de ese “dato” es fundamental. Pues aunque en nuestra historia humana universal ello ha sido excepcional, y los ejemplos abundan sólo en los casos excelsos de los artistas y los grandes creadores científicos, en el desarrollo de la vida individual y colectiva es posible la imaginación, la re-generación de otras formas de vivir a partir de la formación y el desarrollo de la crítica, del examen, del análisis.

Esto hemos podido verificarlo incluso, en Colombia, donde en el marco de los momentos quizá más aciagos de nuestra historia, dominada desde siempre por una de las formas más atrasadas y, por ello, más violentas de sojuzgamiento, el advenimiento de nuestra conciencia urbana nos ha permitido empezar a crear condiciones para fundamentar otra forma de existencia más humana, en la cual la dignidad haga parte efectiva de las condiciones de existencia de nuestros ciudadanos y ciudadanas.

Así, fuimos descubriendo que habíamos construido ciudades sin ciudadanía y que nos regían unos estatutos redactados hacía un siglo en un contexto ruralizado y pueblerino, el cual no tenía cómo comprender las transformaciones que habíamos hecho en nuestros referentes culturales y políticos.

Se redactó entonces, y se aprobó, la Constitución de 1991 y luego se configuró de manera oficial una política urbana y, más adelante, la ley le dio consagración institucional al ordenamiento territorial y materialización, como obligación ciudadana, a la participación en los procesos de planeación del desarrollo.

Al mismo tiempo, a medida que la violencia venía entronizándose en los poblados y ciudades, y los escombros de la destrucción material fue dejando su estela en los territorios que habían sido construidos desde tiempos inmemoriales, y el terror desalojó a millones de seres humanos, precipitando y acentuando el desplazamiento forzado y consolidando las ciudades como el refugio “natural” de la vida<sup>10</sup>, ha ido creciendo la capacidad de convocatoria de la *ciudad*, esto es, de la solidaridad, del intercambio, de la tolerancia: de la conciencia de que somos nosotros mismos los que tenemos que construir nuestro entorno.

---

<sup>10</sup> He realizado una reflexión sobre este asunto en otro artículo reciente, véase Viviescas M., Fernando, “Ciudad: contra el estigma forzado del desplazamiento”, en *Palimpsestvs*, No. 2, revista de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002, pp. 142-151.

Pues, bien, es la presencia abigarrada de esa vida, de esa enorme potencia solidaria, en los centros urbanos de este inicio de milenio; es la concentración creciente de esa enorme capacidad de pensamiento y de intercambio de formas diversas de imaginación, instruyendo la aglomeración de hombres y mujeres provenientes de distintos orígenes geográficos y culturales del globo terráqueo, lo que finalmente hace tan trascendental a la *ciudad* en el mundo contemporáneo.

Ella evidencia y denuncia los efectos de la simplicidad; desnuda la inmensa incapacidad de todos los estatutos instituidos dominantes, de todo el conocimiento heredado, para copar con los requerimientos complejos del mundo que los hombres y mujeres estamos creando y, al mismo tiempo, por los mismos movimientos, crea las posibilidades materiales, políticas, intelectuales y culturales a través de las cuales los humanos vamos creando y consolidando una nueva, y necesaria, perspectiva de existencia individual y colectiva.

Esto es lo que, como el ángel, de Klee, no alcanzan a percibir muchos críticos de la *ciudad*, quienes, por ese camino, renuncian a asumirla como un reto para la esencia humana: nuestra imaginación y creatividad.

A pesar de que estas urbes constituyen, tal vez, la mayor condensación de complejidad que hemos generado los humanos, ellos, quienes se reclutan contra la *ciudad* desde los centros fundamentalistas ecológicos hasta las canteras abiertamente reaccionarias (aunque no se den cuenta) pasando por los cuarteles de los reeditores de viejas consignas simplemente anticapitalistas, persisten en mirarlas desde un solo punto de vista: “que contaminan el ambiente”; “que despersonalizan al hombre, dejándolo sin identidad”, “que le hacen perder sus ancestros y tradiciones”, “que lo desarraigan de su origen”; “que Bogotá se ‘traga’ los municipios más pequeños” y “con su crecimiento ha hecho que desaparezcan los barrios de nuestra infancia: allí ya no nos reconocen”.

De paso, con estas “argumentaciones” como bandera, ellos olvidan que la libertad ontológica de la cual hemos venido apersonándonos los humanos no se agota en la libertad política, en el sentido de poder actuar en la ciudad, ni en la libertad de pensamiento. No alcanzan a comprender que esa ontología “es libertad en el sentido más general, que se manifiesta en la fundación de las ciudades, los viajes y las aventuras, la creación y la alteración de formas de arte y de ‘estilos’ individuales en esas formas, de modos de vida, etc.”<sup>11</sup>.

Ciertamente, las urbes actuales son el resultado de toda nuestra historia pasada, signada en todas partes del mundo por la exclusión y la inequidad, por la intolerancia y la injusticia por la arbitrariedad y la violencia, y por una relación absolutamente depredadora con la naturaleza y, por ello, exclusivamente porque el proceder de los hombres y mujeres ha estado “guiado” por esos

---

<sup>11</sup> Castoriadis, C. *Op. cit.*, p. 100.

principios (aunque siempre nos los hemos representado de otras maneras) las ciudades son así como las vemos.

Pero lo que estos “críticos” no alcanzan a percibir es que la precipitación de los hombres en los centros urbanos de todo el mundo, a la par que ha profundizado y potenciado toda aquella barbarie, ha creado –mediante la potenciación ineludible del encuentro y, consecuentemente, de la confrontación de pensamientos e imaginarios diversos– la posibilidad no sólo de corregir esos horrores sino de empezar a re-crear las formas de vivir.

Se quedan sin notar que estamos al inicio de una nueva era de la humanidad, que la *ciudad* hace parte indisoluble de un cambio cualitativo en el desarrollo del cual, eventualmente, buscando la sostenibilidad de la vida sobre la tierra, podemos encontrar formas de existencia en las que vaya siendo posible realizar los verdaderos potenciales humanos del ser humano.

En la política, esa nueva era ha empezado a manifestarse llenando las calles de nuestras metrópolis para refrendar la inevitabilidad de la reformulación de las relaciones entre los sexos y reafirmar el derecho de las mujeres a ocupar el lugar que desde siempre les corresponde en la definición de los destinos de la humanidad. De la misma manera, son las multitudes urbanas, en los paseos y los parques de las grandes ciudades, quienes legitiman el derecho a la existencia ciudadana de las personas y los homosexuales, tanto hombres como mujeres, en el mundo contemporáneo.

Fueron las masas urbanas las que precipitaron la caída del muro de Berlín para refrendar el fracaso del esperpento en el cual Stalin había desfigurado la propuesta socialista. Y son las multitudes ciudadanas las que con sus movilizaciones no sólo “acosan” al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial (BM) por su tormento neoliberal en todas las capitales capitalistas, sino las que en Washington, Nueva York, Los Ángeles, Londres, París, Madrid, Buenos Aires, y muchas otras urbes, le dieron su terrible dimensión a la criminal “guerra preventiva” de George Bush, Anthony Blair y José María Aznar, que los llevó a apoderarse del petróleo de Saddam Hussein por encima de los cadáveres de miles de hombres, mujeres y niños iraquíes.

Y son esas ingentes cantidades de hombres y mujeres volcados sobre las calles de los mayores centros poblacionales, hablando en todos los idiomas, las que han puesto de presente lo estúpido y criminal que alcanza a ser la inconsciente, ignorante e irresponsable forma como nos gastamos el agua y contaminamos el aire; y, aún, son ellas mismas la verdadera garantía de la construcción de una cultura ecológica en tanto se han comprometido ya a ir cambiando sus formas de consumo –con las cuales hemos deteriorado hasta el paroxismo nuestras ciudades– y a desarrollar cotidianamente el enorme trabajo educativo que les permita a sus descendientes

comprender la enorme riqueza que es la tierra en que vivimos y, por tanto, la exigencia enorme que tenemos de conservarla lo más que podamos.

Es este contexto concreto, material, de agitación y despliegue de pensamiento, asumido por los hombres y las mujeres en la vida cotidiana de las urbes, el que asedia y desenmascara la debilidad y el simplismo de estatutos heredados, como el de la política y, en el devenir de su desarrollo, crea las condiciones para su revolución.

Es necesario agregar inmediatamente que las transformaciones que han inducido estas urbes en la estructura y los procesos de funcionamiento del mundo no se limitan a estas extraordinarias demostraciones de conciencia motivadas por las coyunturas mencionadas.

De manera silenciosa pero, quizá por ello mismo, con efectos más profundos, las masas de inmigrantes que se precipitaron durante el siglo XX a Europa y a los Estados Unidos han empezado a poner realmente en cuestión (aunque estamos lejos de verlas superadas: esto es también un proceso largo y dispendioso) las tendencias nacionalistas y fascistas, a los neonazis y a los racistas, e impusieron el castellano como segunda lengua en el imperio del norte y han obligado al continente de la modernidad a ser consecuente con sus propias formulaciones y a revisar sus leyes de inmigración y de naturalización. Y han hecho que las calles de las más grandes capitales de esos continentes constituyan la más extraordinaria caja de resonancia de los distintos idiomas y de la expresión de todas las culturas y las razas en los cuales tomamos cuerpo los humanos.

Agreguemos a esto que las transformaciones culturales y políticas relacionadas con la urbanización del mundo no ocurren solamente en Occidente.

En 1979 el 19% de la población china vivía en ciudades. En 1984 el porcentaje había crecido hasta el 34%, ocho años después subió al 43%. Dado que el conjunto de la población china está alrededor de los mil millones, cada uno de estos episodios representa que, en China, lo urbano tenía que generarse a unas velocidades increíbles... En el delta del río Las Perlas (DRP) (una aglomeración de ciudades que aún no forman una única: con Hong Kong y Macao haciendo parte del conjunto) viven doce millones de habitantes, y hacia el 2020, treinta y cuatro millones de personas ocuparán este territorio. Para acomodar estos crecimientos de población, el DRP genera 750.000 kilómetros cuadrados de materia urbana al año. Ésta es la increíble aceleración que tiene lugar. El desarrollo urbano fue desencadenado en 1978 por un edicto del gobierno chino, bajo el lema "Enriquecerse es glorioso", que confiesa la importancia del dinero sin abandonar el papel del Partido Comunista. Una apoteosis de la economía de mercado se expresa como una apoteosis del sistema comunista<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Véase Koolhaas, Rem *et al.*, *Mutaciones*, Barcelona: Actar y Arc en revé centre d'architecture, 2001, pp. 310 y 312.

La cuestión, “además”, no se limita al orden edificatorio. Aunque en China diversas formas de nacionalismo continúan manteniendo un predominio cultural, difícilmente pueden funcionar ahora como referentes impuestos desde arriba por el aparato del partido, como en los tiempos de Mao Tse-tung. El proceso de descentralización ideológica alcanzó su máxima expresión en la *Fiebre Cultural* del incipiente surgimiento de la esfera pública a finales de los ochenta. La escena puede resumirse como un carnaval con espíritu festivo universalista que celebraba la liberación con respecto a la “hegemonía de un lenguaje único”. Los acontecimientos de la plaza de Tiananmen, en 1989, interrumpieron el carnaval pero no hicieron desaparecer las aspiraciones universalistas que ya habían sido profundamente introyectadas por el imaginario cultural chino<sup>13</sup>.

## 6. La era ciudadana: la exigencia del pensamiento

El contexto político, cultural y cognitivo así creado es lo que establece la perentoriedad de la consideración de las urbes actuales como un objeto ante todo del pensamiento; la asunción de que, en tanto creada por el hombre, la *ciudad* no es evidente y obliga a ser auscultada, examinada, investigada, discutida, en una palabra: pensada, tanto para conocer su historia y lograr desentrañar cualquiera de sus componentes y sus lógicas internas (sus llamados problemas), como para dilucidar toda posibilidad de su desarrollo futuro.

Asunción ineludible e indispensable, en especial porque la humanidad apenas comienza a consolidar su ya irreversible destino urbano en estas calendas interseculares, cuando por primera vez en nuestra historia humana, de manera generalizada, esto es, incluyendo Asia, África y Oceanía (casi cuatro mil millones —4.000.000.000— de seres humanos) empieza a consolidarse (y a revolucionarse) el proceso de urbanización que el siglo XX apenas inició en América y Europa.

Esto es, cuando comienza para la humanidad, y para el mundo, una nueva época histórica, la del mundo en urbanización: la era ciudadana.

Era ciudadana caracterizada por el intercambio y la interactuación inmediatos y generalizados en todos los continentes de los pensamientos, de los imaginarios, de las formas de creer, de desear, es decir, de interactuación universalista de las culturas producidas hasta ahora en y desde los entornos local y nacional.

Era ciudadana, por tanto, compleja y conflictiva pero humanizante en tanto potenciadora de la demanda de conversación, de discusión, de traducción, de argumentación, en últimas, de pensamiento.

---

<sup>13</sup> Véase Kang, Liu, “Is there an alternative to (capitalist) globalization? The debate about modernity in China”, in Jameson, Fredric and Miyoshi, Masao (editors), *The cultures of globalization*, Durham and London: Duke University Press, 1998, p. 177.

La consolidación en el ámbito mundial de estas tendencias –como correlato y contrapunto a la globalización de la economía y a la generalización de la posibilidad de la intercomunicación mundial en tiempo real– ha empezado a hacernos conscientes de que sólo si asumimos una actitud de reflexión generalizada en todas las sociedades y al interior de cada una de ellas podremos encontrar las formas a través de las cuales podamos definir las maneras de vivir juntos sin eliminarnos unos a otros.

Estas circunstancias, ahora contundentes, hacen que la *ciudad*, materializada en las urbes actuales y en las que inevitablemente se están formando y consolidando en toda la Tierra, no sea meramente una construcción física, continuación diferenciada de los continentes que registra la historia para albergar las distintas culturas, sino la conformación de una forma de existencia inédita para la humanidad: la pretensión necesaria –autopoiética, dirían los biólogos– de los hombres y mujeres de constituir consciente y sistemáticamente hábitats e instituciones para reestablecer las relaciones entre nosotros, y de nosotros con la naturaleza, de manera que nos permitan garantizar la permanencia de la humanidad como especie sobre la faz de la Tierra.

En estas condiciones, a partir de ahora las urbes, en tanto que constitutivas y constituyentes de esa entidad humana por excelencia que sería la *ciudad*, dejan de ser esas creaciones inconscientes del devenir espontáneo del crecimiento numérico y su tendencia a juntarse de los seres humanos, para constituirse en el objeto de convocatoria a la participación de todos los hombres y mujeres en la búsqueda de la formulación inteligente, esto es, argumentativa, conversada, debatida, pensada, de unas sociedades y de sus continentes físicos, en los cuales quepamos todos y todas, conscientes de la complejidad del reto, y sabiendo que esa es la única forma de garantizar el derecho de todos a existir sin sometimientos.

## **7. Al rescate de las ciencias del espacio para la comprensión de la ciudad**

Este contexto es en gran medida el que ha precipitado una revolución en los órdenes epistemológico, ético y metodológico de las disciplinas de la *ciudad* en la esfera mundial: al urbanismo, a la planeación y a la arquitectura, y ha hundido en una crisis profunda a la práctica de las profesiones que tienen su desenvolvimiento en el orden espacial de las ciudades actuales.

En efecto, al fracaso de la sociedad “total y científicamente” planificada que pretendió edificar como alternativa el socialismo real, materializado con la caída del muro de Berlín, en 1989, pero que alcanzó su verdadera dimensión trágica en la debacle que le siguió en los países del este europeo, se agregó la constatación en el campo capitalista de la degradante incapacidad de la planeación urbana –sometida incondicionalmente a los intereses del capital industrial y de los dueños de la tierra– para construir ciudades y regiones medianamente equitativas y democráticas.

Incapaces de constituirse un estatuto ético y político en las primeras décadas del siglo pasado, y sobrepasados y sometidos los presupuestos del movimiento moderno por la potencia del Plan Marshall en la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, tanto el urbanismo como la arquitectura terminaron en todo el mundo capitalista (incluidos Estados Unidos y Japón) generalizando las estructuras y las simplificaciones del *international style* y soportando técnicamente (y validando estéticamente) la consagración de la espacialidad urbana a la renta y especulación del *real state* y al dominio del automóvil particular.

Sin iniciativa para enfrentar en el mundo urbano subdesarrollado el problema de la vivienda para las mayorías campesinas que, durante varias décadas, fueron urbanizando las ciudades del Tercer Mundo en condiciones de una vida totalmente precarizada: sin la menor posibilidad de relacionar la arquitectura y el urbanismo con el derecho a la dignidad de la existencia.

Configurando los centros urbanos del mundo en ámbitos de potenciación de la exclusión de la inmensa mayoría de hombres y mujeres de los disfrutes del producido social y de los procesos de determinación, definición, diseño y realización del desarrollo, así como en los más grandes nodos contaminantes del aire y el agua y de amenaza para la sostenibilidad de la vida sobre la Tierra.

Con el agotamiento de los grandes metarrelatos como los referentes determinantes del mundo del pensamiento y de la política a nivel mundial, la crisis de la modernidad y la entronización del posmodernismo como avalador de la extensión de la “liviandad”, el “pensamiento débil” y el “no futuro”, la arquitectura se hundió en un estado de rendimiento de culto a la mera propuesta formalista, incapaz de jugar un papel protagónico a la hora de fundar propuestas estéticas para una cultura urbana mundial que de todas maneras, como ya hemos señalado, ha estado forjándose.

La planeación urbana y regional, por su parte, entre infinidad de concesiones, terminó en el mundo de la asesoría nacional e internacional, tratando apenas de remediar las deficiencias de un desarrollo sin perspectiva a largo plazo, “especializada” en el inmenso lago de lo sectorial, sin capacidad de integralidad, ensimismada en su prepotencia tecnocrática y adosada al poder del *statu quo*, sin capacidad para comprender los nuevos discursos políticos del desarrollo, sorda a la sociedad civil y catatónica frente al avance de la participación ciudadana en la formulación de horizontes de futuro para la humanidad.

De ese hueco negro tenemos que rescatarlas.

A la pregunta ¿cómo vamos a vivir juntos sin matarnos?, cuestión que funda la *ciudad* –pues ésta empieza cuando llega el otro– se agrega, inmediatamente y de manera también inevitable, otra sobre el espacio donde vamos a desarrollar esa nueva existencia que, en las preguntas, ya estamos inaugurando.

A la decisión sobre el tipo de constitución que, en cada experiencia, nos vamos a dar para gobernarnos le es concomitante la construcción del ámbito espacial –su cantidad y, sobre todo, su calidad– en el cual va a tener lugar ese despliegue de energía y de pensamiento individual y colectivo. En la construcción del territorio, que es la respuesta a aquella inquietud, empieza a materializarse y manifestarse el tipo de estatuto que hemos empezado a construir.

En la generalización contemporánea a todo el mundo de estas dos preguntas fundantes: ¿cómo nos vamos a asentar sobre el territorio? y ¿cómo nos vamos a gobernar para no eliminarnos? se encuentra la razón por la cual es imperioso sacar a las disciplinas del espacio de las crisis ética, científica, epistemológica y profesional en las que se encuentran desde hace varias décadas.

#### **8. La planeación participativa: el conocimiento ciudadano para la restitución política**

Finalmente, es evidente que asumir la pretensión de abocar su construcción desde el plano de lo consciente nos lleva a tener presente que ella, la *ciudad*, no puede ser otra cosa que el resultado de cómo a su interior se han dirimido (o se van dirimiendo) los enfrentamientos de la infinidad de intereses, colectivos e individuales, en los cuales toman cuerpo las más tangibles consideraciones de nuestro yo.

Por ello, y a pesar de que el despliegue de conocimiento, de investigación y de interpretación y de aplicación de la técnica sean (tienen que ser) no sólo ineludibles, sino indispensables para construir las propuestas de *ciudad* que hagan humana a la humanidad, queda claro que las discusiones y las definiciones con respecto a las realizaciones finales que tenga el proyecto y sus partes se dan y se toman definitivamente no en el campo del conocimiento sino en el de la política.

Como nos lo enseñaron los griegos, si la filosofía es un resultado de la ciudad<sup>14</sup>, ésta es una construcción de la política, asumida como movimiento de autoinstitución trabajado libremente por los ciudadanos; puesto que en cualquier caso no puede haber una fuente trascendente ni anterior a esa asamblea que indique lo que debe ser el ordenamiento de la *ciudad*, éste tiene que ser exclusivamente el resultado de la discusión entre sus constructores.

Durante las próximas décadas, miles de millones de hombres y de mujeres se precipitan y se precipitarán de manera imparable hacia los centros urbanos –irán sobre los constituidos y sobre aquellos que el devenir demográfico y económico vaya imponiendo como nuevas aglomeraciones– revolucionando con ellos todos los parámetros culturales y, por tanto, reventando los referentes políticos que hasta ahora han dominado en los diversos sectores de la Tierra.

---

<sup>14</sup> “La filosofía nace en la *polis* y no puede nacer más que en la *polis*. *Polis* debe ser tomado aquí en un sentido esencial: una colectividad humana que tiende a autogobernarse y autoinstituirse”. Castoriadis, C., *op. cit.*, p. 96.

Ello será así<sup>15</sup> porque ese proceso de urbanización generalizado y potenciado de esa manera hará confluír al mismo tiempo y en los mismos lugares todas las expresiones culturales que hemos producido en los cuatro millones de años que llevamos sobre la Tierra, las cuales, hasta ahora y desde el inicio de los tiempos, tuvieron su origen, su fundamentación y su fortalecimiento en su referencia al lugar, en el arraigo en lo local, en la identidad de la nación (la del nacimiento) y en la herencia de la repetición de la tradición. Por primera vez, de manera generalizada, no sólo se mueven todas al mismo tiempo, la gran mayoría se desarraiga, sino que dicha movilización tiene como objetivo consciente el encontrarse con las demás, y en muchos casos esa será su primera experiencia de encuentro y confrontación.

Las hará confluír y, dado su carácter de fenómeno obligatorio, imparabile e ineludible, las pondrá a todas –unas frente a las otras– en igualdad de condiciones sin que ninguna (ni las “inicialmente” receptoras ni las recién llegadas) pueda aducir, razonablemente, superioridad o jerarquización alguna sobre las demás; obligando con ello a que los hombres y las mujeres tengamos que mirarnos los unos a los otros, desde luego, desde nuestros respectivos referentes pero, ahora por primera vez, oteando en conjunto y al mismo tiempo el mundo inédito que tendremos que construir hacia el futuro con los otros y la fundación, con ellos, de nuevos referentes y de nuevas formas de imaginar, si queremos vivir juntos sin eliminarnos unos a otros porque seamos diferentes.

En este contexto, para el momento histórico que estamos viviendo, la planeación y el urbanismo participativos constituyen las herramientas metodológicas fundamentales con las cuales cuenta la humanidad para que todo ese esfuerzo filosófico y político que conforma su autoinstitución, dada su enorme complejidad, pueda tener un orden y para que alcance los grados más altos de eficiencia y de eficacia.

A partir del plan, y por la labor que despliegan los profesionales de la planeación y el urbanismo, en comunicación e interacción pedagógicas con los actores y agentes del desarrollo territorial, el Estado, la sociedad civil y los sectores económicos, la ciudadanía empieza a ser consciente de que la *ciudad* y el territorio son, ante todo, objetos del pensamiento: analizables, investigables, imaginables y discutibles.

Los hombres y las mujeres pensantes van dilucidando que el espacio construido y sus relaciones con la naturaleza y la cultura son resultados esencialmente de nuestra intervención

---

<sup>15</sup> De hecho, el fenómeno ya ha empezado: Europa y los Estados Unidos se muestran en evidente transformación cultural y política como fruto del intercambio impuesto por la afluencia de las culturas africanas y asiáticas y latinoamericanas. En el ámbito local, Bogotá alcanzó en la década reciente el extraordinario perfil de centro cosmopolita de civilización como resultado del encuentro y la transformación de los ancestros caribes y del Pacífico, paisas y santandereanos, pastusos y boyacenses, etcétera.

sociohistórica, la cual, a partir de ahora –a diferencia de lo que la historia nos ha mostrado–, se dará de manera crecientemente consciente, es decir, desde el conocimiento individual y colectivo que la sociedad como conjunto y cada ciudadano en particular puedan acumular sobre sus lógicas internas, sobre sus componentes y sus procesos, sobre sus problemáticas y sus desarrollos, y desde la imaginación creadora que puedan ellos mismos desplegar en la formulación de sus horizontes de futuro.

La planeación participativa es el elemento fundamental para que la ciudadanía mundial, e individual en cada ciudad-región, asuma de manera consciente la ingente tarea de armar un mundo futuro y para que vaya examinándolo y, eventualmente, cambiándolo a medida que vayan presentándose las salidas a los conflictos que tal implementación ocasione.